

**"L'ASCENS DEL LABORATORI COM FONAMENT DEL CONEIXEMENT I DE
LA PRÀCTICA VETERINÀRIA DE PRINCIPIS DEL SEGLE XX: BASES
IDEOLÒGIQUES PER A UNA RENOVACIÓ"**

**"EL ASCENSO DEL LABORATORIO COMO FUNDAMENTO DEL CONOCIMIENTO Y
DE LA PRÁCTICA VETERINARIA DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XX: BASES
IDEOLÓGICAS PARA UNA RENOVACIÓN "**

Dr. José Manuel Gutiérrez García

Profesor Asociado de Historia de la Ciencia, Facultad de Medicina.

Colaborador docente, Departamento de Medicina y Cirugía Animales, Facultad de Veterinaria

Miembro de la ACHV

Universitat Autònoma de Barcelona

Esta investigación forma parte del proyecto HUM2006-12278-C03-03 financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia.

1. Introducció

En el segle XIX, sota les coordenades del sistema filosòfic positivista d'Augusto Comte (1798-1857), va tenir lloc una profunda renovació de las ciències mèdiques. En el marc d'aquest fenomen cultural, qualsevol coneixement que no provenís de l'experiència estava mancat de validesa científica, rebutjant-se tota noció *a priori* y tot concepte universal i absolut. La projecció del positivisme en l'àmbit mèdic va imposar l'objectivació dels fets com a única realitat científica, idea directriu que tindria un paper decisiu en la transformació, segons el llenguatge de l'època, de l'antiga veterinària en una ciència moderna.

Naturalment, aquesta evolució implicava una sèrie de connotacions tècniques. Així, en un moment en que l'experiència i la inducció s'havien erigit en els mètodes exclusius de la ciència, els aparells tecnològics i els laboratoris passarien a ser els instruments configuradors del nou e incessant cabal científic.

Però la forta renovació d'idees i mètodes que van experimentar las disciplines mèdiques a partir de l'últim terç del segle XIX, no van tenir un reflex immediat en la veterinària. Així doncs, la immensa majoria de veterinaris de principis del segle XX continuaven adherits a uns patrons de conducta arrelats en antics costums i centrats en el forjat y col·locació de ferradures, l'ús de purgants i la pràctica de sagnies. Tot això, a més a més, circumscrit al pacient més preat, el cavall, el qual començava a ser devaluat a causa de la substitució progressiva de la tracció equina per vehicles de motor.

Aquestes invariables condicions, en un moment en què altres disciplines s'estaven aprofitant del gran desenvolupament de las ciències i tècniques de la salut, van provocar que l'elit de la professió tractés de marcar distàncies amb la medicina especulativa del passat, fent apologia d'una nova veterinària radicalment diferent. Consegüentment, van plantejar una ambiciosa proposta de modernització amb la finalitat principal d'adaptar-se als canvis científics del moment i en la qual, els conceptes desenvolupats pel laboratori, i molt especialment el microbiològic, van cobrar una estratègica importància. Una etapa que, a més a més, va marcar el punt d'inflexió a partir del qual el laboratori va passar a ocupar un lloc preferent com a base del coneixement i de la pràctica veterinària i de la seva desitjada transformació.

Aquest treball tracta d'analitzar l'impacte del laboratori en la veterinària de principis del segle XX, sense formular un llistat dels nous coneixements sorgits de la investigació experimental, sinó des d'una perspectiva que ens permeti entendre el paper del laboratori com a eix central d'una estratègia encaminada a introduir l'ideal de progrés en la veterinària. Una ciència que, d'altra banda, estava obligada a superar l'enfocament especulatiu de la medicina hipocràtico-galènica i a iniciar una nova etapa caracteritzada per l'adquisició d'uns coneixements basats en mètodes experimentals i per l'ús quotidià d'una sèrie d'instruments científics i d'ajudes diagnòstiques, no acceptats com obvis en aquella època.

1. Introducción

En el siglo XIX, bajo las coordenadas del sistema filosófico positivista de Augusto Comte (1798-1857), tuvo lugar una profunda renovación de las ciencias médicas. En el marco de este fenómeno cultural, cualquier conocimiento que no procediera de la experiencia carecía de validez científica, rechazándose toda noción *a priori* y todo concepto universal y absoluto. La proyección del positivismo en el ámbito médico impuso la objetivación de los hechos como única realidad científica, idea directriz que desempeñaría un papel decisivo para transformar, según el lenguaje de la época, la vieja veterinaria en una ciencia moderna.

Naturalmente, esa evolución implicaba una serie de connotaciones técnicas. Así, en un momento en que la experiencia y la inducción se habían erigido en los métodos exclusivos de la ciencia, los aparatos tecnológicos y los laboratorios pasarían a ser los instrumentos configuradores del nuevo e incesante caudal científico.

Pero la fuerte renovación de ideas y métodos que experimentaron las disciplinas médicas a partir del último tercio del siglo XIX, no tuvieron un reflejo inmediato en la veterinaria. Así, la inmensa mayoría de veterinarios de principios del siglo XX continuaban adheridos a unos patrones de conducta arraigados en la vieja usanza y centrados en el forjado y colocación de herraduras, el empleo de purgantes y la práctica de sangrías. Todo ello, además, circunscrito a su más lucrativo paciente, el caballo, cuya cabaña comenzaba a disminuir y a depreciarse debido a la sustitución progresiva de la tracción equina por los vehículos de motor⁵.

Estas invariables condiciones, en un momento en que otras disciplinas se estaban aprovechando del gran desarrollo de las ciencias y técnicas de la salud, provocaron que la élite de la profesión tratara de marcar distancias con la medicina especulativa del pasado, haciendo apología de una nueva veterinaria radicalmente distinta. Para ello, plantearon una ambiciosa propuesta de modernización cuya finalidad principal era adaptarse a los cambios científicos del momento y en la cual, los conceptos desarrollados por el laboratorio, y muy especialmente el microbiológico, cobraron una estratégica importancia. Una etapa que, a la postre, marcaría el punto de inflexión a partir del cual el laboratorio pasó a ocupar un lugar preferente como fundamento del saber y de la práctica veterinaria y de su ansiada transformación.

Este trabajo trata de analizar el impacto del laboratorio en la veterinaria de los albores del siglo XX, no formulando un listado de los nuevos conocimientos emanados de la investigación experimental, sino desde una perspectiva que nos permita entender el papel del laboratorio como eje central de una estrategia encaminada a introducir el ideal de progreso en la veterinaria. Una ciencia que, por otra parte, estaba obligada a superar el enfoque especulativo de la medicina hipocrático-galénica y a iniciar una nueva etapa caracterizada por la adquisición de unos saberes basados en métodos experimentales y por el uso cotidiano de una serie de instrumentos científicos y de ayudas diagnósticas, no aceptado como obvio en esa época.

2. Bases ideológicas para una renovación

La llegada del siglo XX implicó cambios importantes en las estrategias para potenciar el perfil científico-técnico del veterinario. A la necesidad de su modernización, se unía la previsible renovación y ampliación de sus atribuciones en cuestiones de salud pública como consecuencia de la incorporación de la teoría microbiana del contagio, la cual aportó nuevas luces al conocimiento de las enfermedades animales, muchas de las cuales resultaron ser zoonosis.

⁵ Para el caso americano, véase: Jones, Susan (2003) *Valuing Animals. Veterinarians and Their Patients in Modern America*. Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 213 pp.

En este contexto, el conocimiento generado en el laboratorio se presentó como una oportunidad inmejorable para elevar el estatus científico del veterinario, único técnico experto en cuestiones de sanidad animal que, como de manera periódica se encargaba de recordar la microbiología, suponían una seria amenaza para la salud pública. Por consiguiente, la ciencia de laboratorio adquirió una importancia estratégica para impulsar la transformación de la veterinaria en una disciplina moderna y para lograr, paralelamente, su enaltecimiento en el orden intelectual, económico y social.

Para conseguir ese propósito era necesario, en primer lugar, divulgar un discurso que suministrase las bases ideológicas que permitiesen vincular la productividad científica con el concepto de progreso y con la mejora de la profesión. Una tarea nada fácil, puesto que muchos de los grandes avances científicos en el campo de la bacteriología no pudieron ser plenamente aprovechados en el terreno diagnóstico y terapéutico hasta décadas después. Además, esas supuestas mejoras tardaron bastante tiempo en formar parte de la cultura sanitaria de los veterinarios españoles, puesto que chocaban con una realidad profesional caracterizada por unas condiciones precarias de vida y con una imagen social de hombre poco ilustrado.

2.1. El laboratorio y la renovación de la veterinaria en el orden cognitivo

El ascenso del laboratorio como fundamento del conocimiento y de la práctica veterinaria y, simultáneamente, como medio de satisfacer las aspiraciones económicas y culturales de los veterinarios, son dos cuestiones íntimamente ligadas pero tratadas de forma independiente en el presente trabajo.

Aunque los laboratorios estaban muy lejos de ser un concepto nuevo, fue la irrupción de la bacteriología el elemento crucial que precipitó la reforma de la veterinaria. La revolución microbiológica iniciada por Louis Pasteur y Robert Koch en la segunda mitad del siglo XIX, dio lugar a la formación de un complejo cuerpo doctrinal que supondría el comienzo de una nueva era en el estudio, epidemiología y control de las enfermedades infecciosas animales.

El conocimiento generado en el laboratorio, especial e inteligible sólo para el experto, fue rápidamente utilizado por los abanderados de la reforma de la veterinaria para marcar distancias con diferentes tipos de intrusos que suponían una competencia para la profesión. De hecho, ningún tema se había prestado a tantos comentarios e interpretaciones tan diversas como el intrusismo, una inquietud constante de albéitares y veterinarios durante siglos. Su existencia ha quedado probada por la multitud de documentos que se conservan y por las disposiciones legislativas dictadas para su represión. Según Cesáreo Sanz Egaña, autor de la obra *Historia de la Veterinaria Española*, la competencia de los intrusos se planteó principalmente en el herrado, pero también en la asistencia clínica, lo cual representaba una merma de ingresos y un desprestigio para la profesión⁶.

Para algunos autores del siglo XX, el intrusismo se debía en parte a la conducta de los propios veterinarios. F. Romero Hernández, veterinario de Villafranca de la Sierra (Ávila), señalaba en 1916 que la causa principal del intrusismo era ese veterinario que, en un día todavía no lejano, había salido de la escuela sin formación científica, acariciando la idea de ser el mejor herrador del pueblo, falto de educación colectiva, mercader de su honor profesional entre truhanes y desdichados, compadre de curanderos y sin más amores e ideales que la fragua y la herradura. Dentro de un discurso marcadamente positivista, subrayó que estos creadores del intrusismo estaban incapacitados para conocer la veterinaria moderna, por lo que era necesario curtir su cerebro con la ciencia del laboratorio para convertirlos en veterinarios adiestrados en la lucha, no contra esos infelices intrusos

⁶ Sanz Egaña, C. (1941) *Historia de la Veterinaria Española*. Madrid, Espasa-Calpe, 493 pp.

a los que acusaban entonces, sino contra aquellos otros de encofetado rango, a los que apenas conocían de oídas⁷.

Esta última referencia iba dirigida a otro tipo de intrusismo: el de los médicos. Según la prensa profesional veterinaria, éstos trataban de convertir la medicina animal en una rama menor de la medicina humana, temor que nos ha legado una literatura repleta de argumentaciones incidiendo sobre la “distinción” entre las funciones sanitarias propias de cada una de las dos disciplinas. Este malestar, que se reiteraría con más o menos intensidad durante toda la década de 1910, nos permite entender las esperanzas depositadas en el laboratorio como el espacio físico y tangible donde dirimir diferentes cuestiones científicas con otras profesiones sanitarias socialmente reconocidas desde un plano de igualdad. En definitiva, un recinto donde erigir una veterinaria “como nosotros la soñamos: fina, elegante, señorial, aristocrática, científica”⁸.

En la consecución de este *Ideal* cabía tanto la labor individual como la representación de todo un grupo. Así, con motivo de la celebración del tercer congreso antituberculoso (San Sebastián, 1912), se destacó desde la prensa la importancia de la sección de veterinaria en dicho acto y cómo tal demostración había puesto de manifiesto que “nuestra clase”, con las armas de la ciencia, del laboratorio y de la clínica, podía y debía ocupar un lugar preferente en los torneos médicos⁹.

Una situación análoga se dio en las Islas Británicas, donde la clase médica trató de ganar acceso al campo de las enfermedades animales. Para ello, argumentaron que las enfermedades entrañaban los mismos procesos en hombres y animales y que, en ocasiones, se transmitían entre ambos. Señalaron a los fisiólogos, quienes hacían vivisecciones en animales para investigar las funciones corporales humanas, y a los bacteriólogos y patólogos, quienes usaban en sus estudios animales de laboratorio en lugar de seres humanos. Asimismo, subrayaron que la rabia y el carbunco, como habían determinado Pasteur y Koch, eran dos zoonosis, que el suero antidiftérico se obtenía de los caballos, la vacuna de la viruela de los terneros y que tres comisiones reales habían tratado recientemente de determinar si la tuberculosis bovina era capaz de transmitirse a la especie humana¹⁰.

Por tanto, garantizar la no discriminación de los veterinarios en los laboratorios y legitimar su pleno derecho a acceder a los puestos de dirección constituirían un paso más dentro de la estrategia de reconstrucción de la profesión. Juan Monserrat, inspector provincial de Higiene pecuaria y Sanidad veterinaria de Cádiz, publicaba un artículo en 1912 denunciando que el reglamento del laboratorio químico-micrográfico de esa ciudad andaluza postergaba al veterinario, no permitiendo su ingreso en la misma forma que a los demás técnicos y no considerándole apto para optar al cargo de director ni al de jefe técnico-administrativo. Añadió que ni siquiera al frente de los servicios veterinarios de esa entidad figuraba un veterinario, a pesar de que al frente del resto de servicios si lo hiciese un técnico de su clase respectiva. El mismo Monserrat, quien destacó el cariño que profesaba a la veterinaria y lo mucho que deseaba su enaltecimiento, envió una carta de protesta al gobernador civil, en su calidad de presidente de la junta provincial de sanidad, la cual tomó el acuerdo de modificar el reglamento estableciendo la igualdad de oportunidades entre todos los técnicos¹¹.

En la misma línea, Javier Prado, inspector de Higiene pecuaria de la provincia de Orense, propuso que la renovación de la veterinaria debía pasar por la conquista de aquellos puestos mejor

⁷ Romero Hernandez, F. (1916) El cáncer de la Veterinaria. *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria*, 6, 771-774.

⁸ Velasco, N. (1916) Castellanos y leoneses ¡A la Asamblea! *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria*, 6, 676-678.

⁹ Anónimo (1912) Resultados de un Congreso. Alientos y esperanzas para el porvenir. *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria*, 2, 299-300.

¹⁰ Woods, A. (2004) *A manufactured plague: the history of foot-and-mouth disease in Britain*. London, Earthscan, 208 pp.

¹¹ Monserrat, J. (1912) Un aplauso a la Junta provincial de Sanidad de Cádiz. *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria*, 2, 147-151.

retribuidos, más considerados y que daban más lustre, como eran, por ejemplo, la dirección técnica en todos los asuntos pecuarios y la investigación científica¹².

Por su parte, la junta directiva del Colegio oficial de veterinarios de Valencia, en defensa del prestigio y del nombre científico de la clase, dirigió en 1915 una instancia al Ministro de Instrucción pública solicitando la modificación de los estatutos de la Real Academia de Medicina de Madrid, la más alta entidad consultiva sanitaria del Estado, en cuya composición, según el Real Decreto de 24 de noviembre de 1874, intervenían un total de 48 académicos numerarios: 40 médicos, 6 farmacéuticos y 2 veterinarios. La junta quiso destacar que, ante la evidente evolución científica de los veterinarios en los últimos tiempos, era obligado aumentar su proporción en el seno de esta corporación como forma de garantizar la aportación de sus valiosos conocimientos a las múltiples cuestiones de higiene y salud pública que requerían su cooperación. Por la misma razón, esta junta también propuso que se modificase el reglamento de las Reales Academias de Medicina de distrito (un total de 10 que se regían por la Real Orden de 14 de mayo de 1886), el cual consignaba expresamente que esas corporaciones estuviesen formadas por 8 médicos o fracción de este número, un farmacéutico y un veterinario¹³.

También en la inspección de carnes, el laboratorio se constituyó como un aliado imprescindible para promulgar una reforma de la práctica veterinaria y para dotar a la profesión con la autoridad que otorgaba el trabajo científico. Tomás Rodríguez, catedrático de la Escuela de veterinaria de Santiago, señalaba en 1916 que un correcto proceder en los mataderos requería amplios conocimientos en anatomía patológica y un laboratorio bien equipado. Para este autor, un examen riguroso que permitiera determinar la aptitud o inaptitud de las carnes de consumo precisaba cortar las piezas patológicas en láminas delgadísimas y colorearlas convenientemente, representando así un libro en cuyas páginas sólo los veterinarios estaban capacitados para poder leer y dictaminar, en consecuencia, una u otra conducta. En un discurso que vinculaba epistemología con autoridad, sostuvo que dicha manera de actuar, junto con el caudal científico que poseían, era lo que realmente diferenciaba a los veterinarios de los matarifes, pesadores, marcadores, mozos de aseó y otros trabajadores del matadero quienes, a base de práctica, conocían perfectamente las cuatro lesiones típicas: “Y si nosotros no hemos de saber más que ellos, nuestro papel sería completamente ridículo. Si por el contrario, no nos conformamos con esos conocimientos, que han trascendido ya al vulgo, y queremos algo más, ¡ah!, entonces la cuestión cambia por completo. Entonces es preciso mucho laboratorio.”¹⁴

Por consiguiente, el laboratorio proporcionaba una base material y cognitiva para una epistemología elitista y para la reformulación de la veterinaria en un cuerpo privilegiado de conocimientos accesible sólo a una pequeña proporción de profesionales titulados.

Pero no sólo era necesario adquirir una base científica, sino que los veterinarios tenían que rodearse de una aureola también científica para elevar su reputación. Bajo el título de *Cómo se hace Veterinaria*, Pablo Martí Freixas, titular de Terrassa, destacaba el gran interés que habían suscitado los cursos de técnica histológica organizados por la Sociedad de Biología de Barcelona e impartidos por el catedrático de veterinaria Abelardo Gallego, cuya fama había atraído a tantos médicos y veterinarios que se habían tenido que duplicar las horas de clase. Para este veterinario, Gallego había conseguido así, en sólo quince días, elevar el concepto de la veterinaria por encima de lo que hubieran logrado centenares de veterinarios de los llamados prácticos con muchísimos años de trabajo. Este autor quiso también reconocer la labor de otros dos compañeros que se estaban significando por sus investigaciones en bacteriología, Ramón Turró y Joaquín Ravetllat, científicos

¹² Prado, J. (1913) Intereses profesionales. La clasificación de partidos veterinarios. *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria*, 3, 751-753.

¹³ Anónimo (1915) Los Colegios actúan. *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria*, 5, 765-775.

¹⁴ Rodríguez, T. (1916) En los laboratorios de Higiene, ó fuera de ellos. *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria*, 6, 136-141.

que iban consiguiendo que “se nos vaya haciendo espacio, cuando parecía que nos estaba vedado ocupar lugar.”¹⁵

Tal altura científica y técnica también debía tener correspondencia directa con el estilo personal, paralelismo que no haría sino confirmar la identificación del veterinario con las clases dominantes de la sociedad. En este sentido, se lanzó un claro mensaje de que la modernización de la profesión pasaba necesariamente por la renovación de los propios veterinarios, quienes habían de conducirse bien, primero en la acción, y luego en la presentación. Se exigía al veterinario moderno que, como hombre de ciencia, potenciara públicamente su imagen de profesional intelectual en detrimento de los aspectos más manuales de la profesión y que tuviera una cultura general que le permitiese hablar, por ejemplo, del teatro griego, de las guerras púnicas y de la situación topográfica de Trípoli. Todo ello procurando siempre una relativa elegancia en el vestir que le autorizase a relacionarse sin estigmas con las clases más refinadas de la sociedad.¹⁶

Una modernización que, según Félix Gordón Ordás, número uno por oposición de la primera promoción del cuerpo de Inspectores de Higiene y Sanidad pecuarias (septiembre de 1909), se tenía que asemejar a cualquier fenómeno vital: “A la manera como la germinación de la capa de Malpighio va echando fuera de la piel las células más viejas que se descaman y mueren, así en la vida social va cumpliéndose un fenómeno análogo de renovación. El hijo va haciendo olvidar al padre; el discípulo va haciendo olvidar al maestro.”¹⁷

2.2. El laboratorio y la renovación de la veterinaria en el orden social

Dejando de lado la imagen idealizada que los discursos positivistas daban del nuevo veterinario en su vertiente cognitiva e intelectual, también se desplegó una copiosa retórica que respondía a los deseos de mejora en el orden económico y social. Los argumentos utilizados incidieron de forma insistente en la formación científica de los veterinarios, marchamo que no sólo justificaría las aspiraciones económicas, sino que también garantizaría el anhelado ascenso en la escala social.

Joan Arderius, presidente del Colegio oficial de veterinarios de la provincia de Girona, lamentaba en 1912 que la mayoría de la población no apreciara el valor de la veterinaria, “suponiéndola hoy igual, a lo que debía ser, antes de sufrir las grandes acometidas y de haber pasado por los grandes desmoronamientos provocados por la doctrina microbiana”. Además, quiso recordar que la veterinaria había sido la primera entidad médica en ponerse al servicio de la teoría pasteuriana y en llevarla al terreno de la práctica¹⁸.

Bajo el título de *El resurgimiento de la veterinaria española*, A. Garreta, alumno de la escuela de Zaragoza, comparaba en 1916 a los veterinarios de ayer que, como su padre, iban “mal vestidos, peor ilustrados, con sombrero hongo y botas rotas, sus manos llenas de callos, sumisos y obedientes” con el veterinario de hoy, el veterinario de laboratorio, de la buena clínica, de salvaguardia de la salud pública, que va “bien vestido, mejor ilustrado, alternando dignamente en

¹⁵ Martí Freixas, P. (1916) Cómo se hace Veterinaria. La estela de A. Gallego. *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria*, 6, 911-915.

¹⁶ Gordón Ordás, F. (1913) Mi propaganda oral (Extracto de las conferencias de Turégano. Segovia). *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria*, 3, 585-593.

¹⁷ Gordón Ordás, F. (1915) Mi propaganda oral (Extracto de la conferencia de Burgos). *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria*, 5, 297-300.

¹⁸ Arderius Banjol, J. (1912) La reforma de la enseñanza Veterinaria. *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria*, 2, 440-445.

sociedad, y estando en posesión de un gran caudal de conocimientos difícilísimos y altamente humanitarios; es decir, un verdadero hombre de ciencia”¹⁹.

Gordón Ordás, inspector provincial de Higiene pecuaria y Sanidad veterinaria de Madrid y director de la *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria* (posteriormente denominada *Revista de Higiene y Sanidad pecuarias*), principal órgano de expresión del personal de sanidad veterinaria del primer tercio del siglo XX, ponía varios ejemplos ilustrando el poco prestigio social que tenían los veterinarios y lamentaba el rechazo que había en la sociedad a la hora de considerar a la veterinaria como una profesión intelectual. Para Gordón, ese criterio injusto que se tenía de la profesión se debía a los representantes de la veterinaria *cerril*, de los que apenas quedaban algunos ejemplos en cada provincia y quienes, cuando ingresaron en las escuelas de veterinaria, apenas sabían deletrear ni firmar. Además, agregó, éstos eran los mismos que todavía vestían alpargatas, peto y chaqueta al hombro, discípulos de aquellos catedráticos, “como uno que se quitaba la chaqueta en clase y se remangaba la camisa para enseñar a sus alumnos prácticamente cómo se debe coger el martillo en la fragua; como otro que decía, después del triunfo pleno de la teoría pasteuriana, que eso de los microbios no le cabía en la cabeza.” Añadió que aunque este estado de cosas formaba parte de la historia, había dejado en la conciencia pública una profunda huella difícil de borrar. Por ello, estimó que la mejor forma de desterrar esa imagen negativa consistía en realizar demostraciones constantes en sentido contrario, lo cual no sólo implicaba brillar como veterinarios, puesto que eso sólo podían apreciarlo unos pocos, sino que también era indispensable entrar en laboratorios, bibliotecas, ateneos, periódicos, círculos políticos... Consideró que los tiempos no eran para esperar sentados y que era necesario demostrar al mundo:

“que somos una colectividad científica y que merecemos que se nos trate con mayor respeto y estimación. Porque todas las profesiones científicas tienen un doble aspecto: su ciencia y la consideración que de su ciencia se hace, pues así como a la mujer del César no le bastaba con ser honrada sino que tenía que parecerlo, a las profesiones científicas no les basta tampoco con tener ciencia ni con tener moral, sino que ha de parecer también que poseen ambas cosas. Que la Veterinaria es una profesión eminentemente científica y que es moral no voy a decíroslo a vosotros. ¿Pero lo cree así la gente?”

Finalmente destacó la alta consideración social que la veterinaria había alcanzado en Alemania y Francia, lo cual había hecho posible que veterinarios como Schütz y Jean Bautiste Chauveau ostentasen la presidencia de la Academia de Ciencias²⁰.

Francisco Gómez Suárez, veterinario de Alora (Málaga), se quejaba en 1913 de que después de unos estudios largos, difíciles y costosos, el veterinario estaba conceptuado en la mayoría de pueblos, no como un hombre de carrera, sino como un obrero encargado de poner herraduras a los animales o, a lo sumo, como un empírico curandero de las enfermedades de los mismos. Añadió que esta idea era compartida por distintos grupos sociales, “desde la clase más ignorante, esa que tenemos diariamente que tratar... hasta la clase intelectual, esa misma clase que con nosotros cursó el grado de bachiller, y ante la cual hemos demostrado suficiencia para aprobarlo”. Citó varios ejemplos, como la sorpresa que había causado en un pueblo de Levante el que una “bella e ilustrada señorita de posición social bastante buena” hubiera rechazado al médico *D. Fulano* y al rico comerciante *D. Perengano* y, sin embargo, se hubiera rendido a las proposiciones amorosas de *Fulanito*, el veterinario. En cualquier caso, este autor puso de manifiesto cómo los discursos en pro de la necesidad de cambio y modernización de la veterinaria chocaban con la realidad cotidiana de los profesionales de a pie quienes, según sus propias estimaciones, en un ochenta por ciento aún se

¹⁹ Garreta Zanuy, A. (1915) El resurgimiento de la veterinaria española. *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria*, 5, 848-849.

²⁰ Gordón Ordás, F. (1913) Mi propaganda oral (Extracto de las conferencias de Barcelona). *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria*, 3, 831-844.

dedicaban por completo a la herradura. Para poner fin a este estado de cosas, propuso que los veterinarios delegasen de forma definitiva esas funciones para que así pudieran desarrollar su cometido como hombres de ciencia, tanto en las actividades sanitarias como en las pecuarias. Consideró fundamental que el pueblo fuese capaz de apreciar la enorme diferencia que existía entre el herrador y el veterinario, las misma, según este autor, que había entre el médico y el barbero, o entre el ingeniero agrónomo y el hortelano. Finalmente remarcó que la culminación lógica de tal metamorfosis pasaba, en primer lugar, por sustituir el yunque, martillo y tenazas por los instrumentos propios del laboratorio y de la ciencia moderna: microscopio, termómetro clínico, jeringuillas, etc.²¹

Sin embargo, Enrique de Beitia, veterinario municipal de Bilbao, estimaba en 1916 poco probable encontrarse ya con uno de esos veterinarios antiguos caracterizados por su rancia indumentaria. No obstante, consideró que si en algún lugar reaparecía tan deprimente figura, ésta poco tenía que ver con el veterinario moderno, con una formación *notablemente* distinta, ataviado de una gran representación social, capaz de alternar con lo más granado de la sociedad y de situarse al frente de los laboratorios más refinados²².

Un diagnóstico optimista que, a juzgar por otras fuentes de la época, distaba de ajustarse a la situación real. Como sostenía Gordón Ordás en 1915: “Hoy el que se eleva y triunfa siendo veterinario es a pesar de ser veterinario; debemos aspirar a que mañana el que se eleve de entre nosotros lo haga por ser veterinario precisamente.” Para Gordón, gran parte de la responsabilidad recaía en los propios profesionales, tanto en los de arriba, quienes se burlaban de los microbios porque no les veían correr por las calles, como en los de abajo, más modestos, sin oídos para percibir la música nueva y limitados a forjar herraduras y a ponerlas. Este autor instó a imitar a los colegas franceses, alemanes, ingleses, rusos..., embebidos en una oleada inmensa de renovación, centrados en difundir las doctrinas de Pasteur y en pedir laboratorios, en asomarse al microscopio y en preparar vacunas. Además, según Gordón, sólo mereciendo el calificativo de hombres de ciencia se podían pedir sueldos en consonancia con funciones de esa naturaleza²³.

No obstante, la persecución de este ideal científico ya había dado algún fruto. El ejemplo más palpable y celebrado fue el del veterinario catalán Ramón Turró, quien alcanzó el puesto de director del Laboratorio Municipal de Barcelona, por añadidura, una de las instituciones científicas más relevantes del Estado²⁴.

La apología del papel central de los laboratorios como una oportunidad inmejorable para transformar la identidad de una veterinaria lastrada por las prácticas del pasado y por la poca consideración social, se hizo también extensiva a los instrumentos relacionados con esos nuevos templos de la ciencia (placas, vacunas, sueros...), medios que permitían buscar, medir y cuantificar las causas de las enfermedades y prevenir su aparición y difusión. El protagonismo de esos aparatos que permitían “arrancar secretos a la naturaleza”²⁵, fue cada vez mayor, tendencia que acabó convirtiéndolos en los distintivos más palpables de la transformación de la profesión. Francisco Souza, veterinario de Córdoba, subrayaba en 1915 lo imprescindible que se habían vuelto los instrumentos relacionados con el progreso científico, como el *dios Microscopio*, revelador de ese mundo pequeño e incomparablemente más temible que el grande²⁶.

²¹ Gómez Suárez, F. (1913) El Veterinario en sociedad. *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria*, 3, 581-584.

²² De Beitia, E. (1916) El veterinario futuro. *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria*, 6, 221-223.

²³ Gordón Ordás, F. (1915) Mi propaganda oral (Extracto de la conferencia de Guadalajara). *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria*, 5, 775-778.

²⁴ Para más información sobre la gestión realizada por Ramón Turró como director del Laboratorio Municipal de Barcelona véase: Roca Rosell, A. (1988) *Història del Laboratori Municipal de Barcelona, de Ferran a Turró*. Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 216 pp.

²⁵ Rodríguez, T. (1916) Por última vez. *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria*, 6, 679-680.

²⁶ Souza, F. (1915) Lo que tú no hagas, ni Dios te ayuda. Sobre una protesta. *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria*, 5, 760-762.

Si bien durante la década de 1910 proliferaron los discursos que se sirvieron del laboratorio como plataforma para elevar el prestigio de la profesión, no hubo tanta unanimidad en lo que se refirió a los procedimientos para conseguir dicho objetivo. Para Sanz Egaña, inspector provincial de Higiene pecuaria y Sanidad veterinaria de Málaga, la conquista de una mayor consideración social requería un cambio radical de estrategia. Según Egaña, si hasta ese momento los esfuerzos para ponderar la misión del veterinario se habían centrado en destacar los servicios que prestaba a la salud pública, bastaba con leer toda legislación sanitaria para darse cuenta de que el veterinario siempre figuraba como un auxiliar del médico. Por tanto, había llegado la hora de que recuperase su libertad, anteponiendo la acción pecuaria a la sanitaria, (“lo contrario de lo que hasta el presente hemos venido practicando y propalando”) y centrara su labor en atender las necesidades de ganaderos y agricultores, llevando un rayo de ciencia al establo y a la pradera²⁷.

Otro tema recurrente fue el malestar por los bajos salarios. También las reivindicaciones de mejora en este sentido se apoyaron, con carácter preferente, en el carácter científico de las actividades propias de la profesión. Con motivo de un brote de triquinosis en la localidad de Algar (Murcia) en 1913, con el resultado final de varias defunciones y el encarcelamiento del veterinario municipal, Luis Saiz, inspector bromatológico de los mercados y pescaderías de San Sebastián, señalaba que para que el veterinario pudiese garantizar la salud pública era necesario que se cumpliesen dos premisas fundamentales: la dotación de material apropiado para llevar a cabo esos trabajos de inspección y una mejora de la remuneración que la naturaleza científica de tales tareas imponía²⁸. Una nota anónima publicada en 1914 subrayaba que tan importante como el laboratorio micrográfico era el *cocido* del veterinario micrográfico y que para exigir responsabilidad y competencia en los servicios de sanidad veterinaria hacía falta proporcionar medios y retribución²⁹. Este ambiente pudo haber influido en la decisión tomada en ese mismo año por los alumnos de quinto curso de la escuela de veterinaria de Zaragoza de renunciar a los puestos de titular en aquellos pueblos en los que dichas plazas no estuviesen adecuadamente retribuidas³⁰.

En definitiva, la difícil situación en la que se encontraba la veterinaria nos proporciona el trasfondo esencial para entender las expectativas que se depositaron en el laboratorio como plataforma para el progreso y ensalzamiento de la profesión. Además, la incorporación de la teoría microbiana del contagio significó el punto de partida de un lento e inexorable proceso de cambio y modernización, el cual, bajo la influencia de los países más desarrollados de nuestro entorno, alcanzó su punto álgido en las primeras décadas del siglo XX. Una transformación del todo necesaria para que la veterinaria española alcanzara sus ansiados objetivos de aceptación social y dignificación.

Además de la clínica, la higiene pública y el fomento de la producción agropecuaria, la profunda revolución que significó la era pasteuriana evidenció que también la investigación constituía una parte de la definición de la nueva veterinaria. La realización de esta aspiración pasaba por el apoyo incondicional a toda línea de investigación microbiológica emprendida por un veterinario. Se ha de tener en cuenta que hasta 1912, éstos se titulaban con unos planes de estudio vigentes desde 1871 y que, por tanto, adolecían de una falta completa de referencias a las doctrinas bacteriológicas. Por otra parte, la materialización de ese soporte dejaba implícito a los veterinarios clínicos y, sobre todo, al público en general, el vínculo existente entre la investigación experimental y la medicina animal. Y es en este contexto cuando se va a orquestar una sonora campaña a favor de la obra de Joaquín Ravetllat.

²⁷ Sanz Egaña, C. (1913) Acción pecuaria. *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria*, 3, 732-734.

²⁸ Saiz, L. (1914) La triquinosis. Al Sr. Ministro de la Gobernación. *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria*, 4, 29-32.

²⁹ Anónimo (1914) Realidades y sospechas. Las inspecciones municipales de Sanidad. *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria*, 4, 33-36.

³⁰ Anónimo (1914) Entre estudiantes. Una idea generosa. *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria*, 4, 54-56.

3. El caso de Joaquim Ravetllat i Estech (1871-1923) y sus implicaciones

Este tercer apartado constituye una síntesis de una monografía más amplia centrada en la importancia, trascendencia y significado de la obra de Joaquim Ravetllat. Este veterinario elaboró a principios del siglo XX una doctrina sobre la etiología de la tuberculosis que entrañaba la revisión de todos los aspectos nosológicos de la enfermedad. Los trabajos de Ravetllat fueron considerados como ejemplos de disciplina científica entre sus compañeros de profesión, suscitando un enorme entusiasmo. Ello daría lugar a una masiva movilización de los veterinarios que, dirigidos por Gordón Ordás, trataron de conseguir fondos públicos para financiar esas investigaciones. No obstante, el estudio del contexto de la veterinaria de principios del siglo XX, descrito anteriormente, aporta las claves que nos permiten vincular dicho apoyo con una estrategia encaminada a elevar el poder y prestigio de la profesión y a moldear una nueva imagen de un veterinario experto y comprometido con los valores de libertad, verdad y objetividad.

Joaquim Ravetllat i Estech (1871-1923) nació en la localidad catalana de Salt (Girona). Su padre y abuelo materno eran veterinarios. Realizó el bachillerato en Girona y veterinaria en la escuela de Madrid. Tras titularse, se queda unos años en esa ciudad y comienza a trabajar sobre tuberculosis en el “Instituto Alfonso XIII”³¹. Después regresó a Salt, donde compaginó su actividad como veterinario municipal con una dedicación autodidacta y constante a la investigación bacteriológica. Como los trabajos de Ravetllat carecían de subvenciones, éstos fueron sufragados por los ingresos que obtenía de su trabajo ordinario como clínico³².

A la hora de resumir la trayectoria científica de Joaquim Ravetllat, resulta obligado destacar los trabajos experimentales que realizó sobre la tuberculosis, su verdadera obsesión científica y profesional. Como subrayaba en 1916 Félix Gordón Ordás: “En el caso de Ravetllat hay una grandeza extraordinaria... A pesar de vivir en un medio hostil, teniendo que luchar contra los sinsabores de la práctica rural de la profesión, viéndose necesitado muchas veces de pasar un río a nado para ir a examinar sus preparaciones en un microscopio, solo siempre y sin una mano amiga que le ayudase, lleva cerca de veinte años persiguiendo la resolución de un problema magno, el de la vacunación y terapéutica de la tuberculosis...”³³

En efecto, los primeros estudios experimentales sobre tuberculosis realizados por Joaquim Ravetllat datan de 1899³⁴ y el autor de esta ponencia ha encontrado una profusa producción bibliográfica desde entonces hasta 1923, año de su defunción³⁵. Las teorías de Ravetllat sostenían que el bacilo de Koch no era el único responsable de la enfermedad, en cuya etiología concurrían varias mutaciones de una misma especie bacteriana³⁶. Como se irá poniendo de manifiesto, Ravetllat se hallaba fuertemente influido por las corrientes científicas de su época y, por tanto, sus dudas sobre las causas de la enfermedad eran parte integrante de la representación que sobre la tuberculosis tuvieron a principios del siglo XX numerosos veterinarios y médicos de diferentes

³¹ Bagué Canaleta, N. (1984) Aproximació a la vida i l'obra de Joaquim Ravetllat i Estech (1872-1923). *Llull*, 7, 3-24.

³² Pagés Basach, J. (1971) Gerona y la sanidad veterinaria en el último siglo. *Anales del Colegio Oficial de Veterinarios de Barcelona*, 28, 208-222.

³³ Gordón Ordás, F. (1916) Mi fracaso. Un adiós a la Clase. *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria*, 6, 445-451.

³⁴ Ravetllat, J. (1907) *Estudios experimentales sobre la tuberculosis*. Gerona, Tip. El Autonomista, 28 pp. Este trabajo fue con posterioridad reproducido íntegramente en: Ravetllat, J. (1914) Estudios experimentales sobre la tuberculosis. *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria*, 4, 109-126.

³⁵ El último de los artículos de Ravetllat salió a la luz en el mes de enero de 1923. Ravetllat, J. (1923) Tuberculosis atípica del cerdo. *Revista de Higiene y Sanidad Pecuarias*, 13, 70-75. (Publicado originalmente en *El Proletariado de la Veterinaria*, 3, núm. 17, 1-2, Enero de 1923)

³⁶ Los estudios publicados por Ravetllat durante la segunda década del siglo XX ya exponen la nueva concepción bacteriológica de la enfermedad, estando fechado el primero de ellos en 1912.

partes del mundo. Baste con recordar que, también en Catalunya, el médico Jaume Ferrán i Clúa (1852-1929) partió de esos mismos supuestos para edificar su extensa obra sobre tisiología.

Por tanto, la concepción de la tuberculosis según Ravetllat no suponía ninguna novedad en el panorama científico español. Ferrán había desarrollado una doctrina etiológica propia que sostenía que el bacilo de Koch era el resultado de una mutación de ciertas bacterias saprofíticas a las que diferenció con la letra alfa. Esta bacteria, tras pasar por otras formas, se transformaba en el bacilo de Koch³⁷. De hecho, en los primeros trabajos de Ravetllat resulta difícil señalar diferencias entre sus postulados y los defendidos por su predecesor³⁸.

Para Ravetllat, la bacteria de la tuberculosis estaba constituida por tres formas evolutivas de una misma, en cada uno de cuyos aspectos podía perpetuarse si las condiciones de ambiente le eran favorables, evolucionando hacia otro tipo en el momento en que éstas le fueran adversas. El bacilo de Koch propiamente dicho sería la forma de resistencia ante el estado de defensa creado por un organismo frente al elemento activo por excelencia: la bacteria de ataque o representante saprofita del bacilo de Koch: “Todos los trabajos expuestos, salvo raros ejemplos, han partido del concepto dominante en la bacteriología de la tuberculosis, de que el tuberculoso se encuentra en lucha con un solo antígeno: el bacilo de Koch. La nueva bacteriología de la tuberculosis considera tres tipos distintos de bacteria tuberculosa, no especies distintas, sino variedades de una misma especie, pero con caracteres tan distintos uno de otro y con acciones patógenas tan diferentes, que nos obligan a considerar al tuberculoso en lucha con tres antígenos diferentes.”³⁹

Esta nueva concepción bacteriológica traía consigo la revisión de todos los capítulos que comprendía la enfermedad (patogenia, profilaxis, tratamiento, etc.) y constituía, según su autor, la única doctrina capaz de esclarecer numerosos hechos admitidos en tuberculosis pero no suficientemente explicados. Entre ellos, y a modo de ejemplo: “... que el análisis del esputo en los bóvidos tuberculosos, cuando dicho esputo tuberculiza los animales de experimento, es decir, en casos de tuberculosis abierta, solamente el 15 por 100 de las veces contiene bacilos de Koch... que la materia caseosa de los tubérculos reblandecidos no contiene bacilos de Koch, y también tuberculiza en cantidades infinitesimales...”⁴⁰

Y es que a principios del siglo XX, a pesar del tiempo transcurrido desde el descubrimiento del germen tuberculoso y del desarrollo de la microbiología, todavía subsistían numerosas dudas no resueltas relacionadas con varios aspectos de la enfermedad. Sin duda, el conjunto de esas consideraciones favoreció el nacimiento de una revolución en los propios dominios de la etiología tuberculosa.

A modo de breve recapitulación, y para situar al lector, conviene recordar que tras la identificación del bacilo tuberculoso por el médico alemán Robert Koch, en 1882, se había dado paso a una construcción lógica y estable de la enfermedad, cuyo concepto dominante establecía que la tuberculosis constituía una enfermedad infecciosa producida por el bacilo de Koch y cuya lesión fundamental era el tubérculo. Esta interpretación pasó a dominar el criterio de médicos y veterinarios y constituyó la base fundamental que determinó la orientación de sus investigaciones. No obstante, como ya hemos mencionado, con este concepto de la tuberculosis parecían no explicarse una serie de hechos importantes y repetidamente observados. Además, la aceptación como un dogma de esta idea fundamental había sido muy poco fecunda en resultados prácticos, especialmente en el campo de la inmunología. Precisamente entre todos los motivos, ninguno parece

³⁷ Molero Mesa, J. (1990) La vacunación antituberculosa. *Historia* 16, 15, 81-88.

³⁸ Cf Ravetllat, J. (1912) Cultivo de un segundo antígeno no ácido resistente y parásito obligado contenido en el virus tuberculoso natural. *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria*, 2, 319-326.

³⁹ Ravetllat, J. (1915) Herencia de la tuberculosis y su relación con la nueva bacteriología de dicha enfermedad. *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria*, 5, 65-83.

⁴⁰ Ravetllat, J. (1917) Ensayo de una nueva patogenia de la tuberculosis. *Revista de Higiene y Sanidad Pecuarias*, 7, 137-160.

haber jugado un papel tan importante como la consideración de la extrema dificultad existente para obtener una vacuna⁴¹.

La inmunización activa contra la tuberculosis había constituido uno de los principales objetivos científicos desde los primeros tiempos del descubrimiento del bacilo tuberculoso. Los esfuerzos de los investigadores fueron tan pródigos en este sentido, que la sola enumeración de los trabajos experimentales, de los fundamentos de cada uno de ellos y de los precarios resultados obtenidos, nos ocuparía páginas enteras. Estos reiterados fracasos, unidos a los éxitos que de manera simultánea se estaban consiguiendo en otras enfermedades infecciosas (rabia, carbunco, difteria, tétanos...), suscitaron especulaciones que hicieron suponer que, en el caso de la tuberculosis, los resultados negativos que invariablemente se estaban obteniendo podían indicar errores, no de los procedimientos, triunfantes en empresas de la misma índole, sino en la propia etiología de la enfermedad. Este contexto histórico nos ayuda a entender por qué numerosos autores revisaron, desde sus raíces y no sólo en pequeñas manifestaciones de detalle, el concepto de la tuberculosis, sugiriendo que el horizonte de dicha enfermedad era mucho más amplio que el que se resumía en tubérculo, bacilo de Koch y formas clínicas clásicas. Como señaló el propio Ravetllat: “La nueva bacteriología de la tuberculosis tiene un punto esencial en el que convenimos cuantos hemos defendido la indicada teoría. Presencia constante en el virus tuberculoso natural de una forma bacteriana diferente del bacilo de Koch y reversible en la bacteria clásica de la tuberculosis. La citada teoría, tal como la hemos definido, ha sido sustentada por Stephen Maher y Alejandro García en los Estados Unidos; por Klepzoof en Rusia; por Leo Karvaky en Polonia; por Much en Alemania y por Ferrán, Mayoral y nosotros en España, sin que haya unanimidad de criterio entre cuantos hemos sustentado dicha teoría, y, por lo tanto, podemos decir que la nueva bacteriología de la tuberculosis es solamente un problema en mantillas.”⁴²

Si bien las teorías de Ravetllat y Ferrán eran semejantes, puesto que se basaban en la transformación de microorganismos saprofitos en patógenos, los gérmenes aislados por cada uno de ellos eran completamente distintos. En 1914, Ravetllat señalaba seis diferencias entre su representante saprofito y el representante saprofito del bacilo de Koch según Ferrán⁴³. Aunque en el orden doctrinal las pretendidas transmutaciones contradecían los principios que la mayoría de microbiólogos estimaban como vigentes, esto no significaría un obstáculo para que el médico recibiera importantes apoyos por parte de políticos y revistas especializadas de la época, hasta tal punto que su teoría acabaría dando lugar a la confección de una vacuna antituberculosa⁴⁴. Sin embargo, muy distinta fue la suerte de Ravetllat, quien apenas contó con ayuda oficial. Ello dio lugar a una inusitada movilización de los veterinarios españoles, la cual se expondrá con detalle en una monografía que saldrá a la luz en los próximos meses.

En cualquier caso, ya se puede adelantar que este movimiento apasionado a favor de Joaquim Ravetllat, revestido de un discurso centrado en el concepto de ciencia y de progreso y de camino a seguir para resolver el problema de la tuberculosis, formaba también parte de la estrategia, antes descrita, planificada para suministrar las bases ideológicas que permitiesen impulsar la renovación de la profesión. Y es que, en el difícil contexto en que se encontraba la veterinaria de principios del siglo XX, el trabajo de Ravetllat se reveló como crucial, pues se presentó como una oportunidad para introducir el ideal de laboratorio en una disciplina obligada a marcar distancias con las prácticas del pasado y a transformarse en una ciencia moderna que hiciese posible su enaltecimiento en los órdenes intelectual, económico y social.

⁴¹ Gutiérrez García, J.M. (2003) *La tuberculosis bovina como zoonosis en la España Contemporánea (1850-1950)*. Barcelona, [Tesis doctoral] Universidad Autónoma de Barcelona, 237 pp.

⁴² Ravetllat, J. (1916) Estado actual de la nueva bacteriología de la tuberculosis y algunas notas inéditas de pasados experimentos. *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria*, 6, 357-378.

⁴³ Ravetllat, J. (1914) Aislamiento del representante saprofito del bacilo de Koch, del virus tuberculoso natural. *Revista Veterinaria de España*, 8, 209-222.

⁴⁴ Molero Mesa (1990) *op cit.* en nota 33.

Por último, se ha de destacar que el análisis y significado de la obra de Joaquim Ravetllat es un reto pendiente de la historiografía veterinaria. Además, el trato desigual arriba descrito entre Ferrán y Ravetllat se mantiene hoy día, dado que el primero ha sido objeto de un importante interés historiográfico mientras que el segundo parece condenado al olvido. Esta dificultad para reivindicar la memoria del científico de Salt no parte sino de nosotros mismos. Los veterinarios, a menudo convencidos de que el “éxito” es el principal criterio de importancia histórica, nos hemos centrado en la simple cronología de hechos, presentando el progreso de la veterinaria en una escala lineal orientada hacia el presente. Las obras así escritas, centradas en realizar un estudio escrupulosamente adecuado a las teorías contemporáneas vigentes, suelen pasar por alto la perspectiva histórica y son difícilmente compatibles con la aportación de Ravetllat. Pero cuando hacemos historia hemos de estudiar todos los manuscritos, y aceptar lo que en ellos aparece, tanto si se ajusta a las teorías del siglo XXI como si no. El pasado debe entenderse sobre la base de sus propias premisas, no de las contemporáneas, y por tanto no requiere ninguna legitimación con respecto al presente.

Con este último apartado de la presente ponencia se ha querido recordar la extensa obra científica de Joaquim Ravetllat, tantos años oculta, y poner de relieve como el estudio de los “errores”, tanto como el de los “aciertos”, permite introducir nuevos factores que explican en buena medida el desarrollo de la ciencia y aportan sentido a la narrativa histórica.